

cuerda el de algunas obras de pueblos salvajes. La figura del dios presenta unas desproporciones chocantes, aunque en su movimiento revela mayor estudio del natural que la de la diosa del ejemplo primero. — Los dos cipos de mármol de la página 17



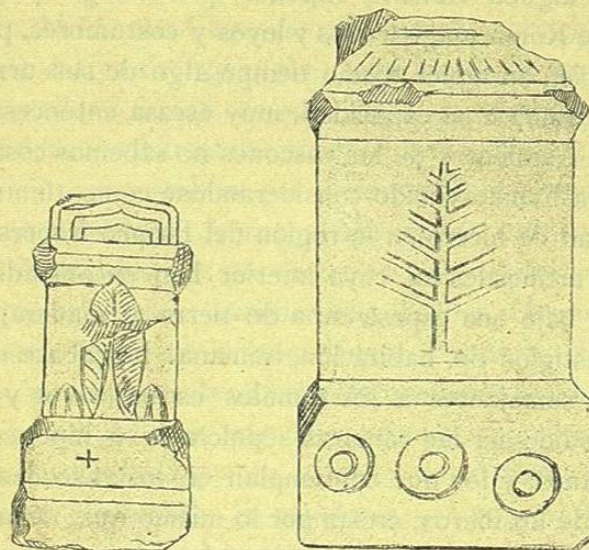
DIVINIDAD ÉUSKARA

son como pedestales de forma bastante regular, cuyas basas y cornisas no presentan más que planos cortados á bisel. Uno es mayor que otro, y ambos destinados al culto de los árboles. El menor está coronado por un plano vertical con marco de baquetones curvilíneos, en forma de dintel ligeramente apuntado: lleva en su neto grabadas una grande hoja partida en dos, con otras pequeñas á los lados, y en la cara de la basa tiene rehundido un signo en forma de cruz, no como emblema cristiano, sino con otro carácter. El cipo mayor, que termina con un aditamento cuya forma no es ya posible averiguar por hallarse muy mutilado, lleva en su neto, en forma más emblemática que bárbara, la representación de un árbol de la familia de las coníferas, acaso de un pino, especie tan común en el Pirineo; y en la cara del pedestal tres círculos como pateras, desigualmente colocados.

No es posible atribuir á los iberos de la Aquitania ó Novempopulania estos groseros mitos, dado que todos los otros que en aquella comarca se han descubierto presentan formas ó del todo clásicas— en cuyo caso entiendo que deben clasificarse

como obras de romanos — ó imitadas rudamente del arte clásico, circunstancia que para mí las denuncia como de manos iberas. Los que acabo de describir rebasan con mucho del límite de la rudeza ibérica. Ahora bien: ¿hay alguna razón que se oponga á

como obras de romanos — ó imitadas rudamente del arte clásico, circunstancia que para mí las denuncia como de manos iberas. Los que acabo de describir rebasan con mucho del límite de la rudeza ibérica. Ahora bien: ¿hay alguna razón que se oponga á



CIPOS CONSAGRADOS Á LOS ÁRBOLES

que existan monumentos religiosos de los vascones en la tierra aquitana? ¿No fué esta tierra invadida por ellos á fines del siglo VI, cuando por huir del yugo visigodo franquearon la barrera pirenaica y se mezclaron con los ibero aquitanos? Allí encontraron un arte, al cual en el suelo del Pirineo al Ebro se habían mantenido extraños, y lo aceptaron sin duda para la demostración de sus creencias religiosas, todavía idolátricas en ese sexto siglo. — ¿Se querrá acaso suponer que esas piedras son de mayor antigüedad, y del período romano? Pues ni aun así es imposible que sean obras rudimentarias de artistas éuskaros, porque bien sabido es que la Vasconia fué la única provincia de la región septentrional de nuestra Península que no opuso resistencia á los ejércitos romanos enviados á reprimir el

levantamiento de los cántabros contra César; que los vascones llegaron á romanizarse más que todas las otras tribus del norte de España; y que estos mismos vascones vieron impávidos aniquilar á aquellos otros indómitos montañeses: por lo cual no es en manera alguna violento suponer que una gente que había aceptado de Roma magistrados y leyes y costumbres, procurara tomar también en aquel mismo tiempo algo de sus artes, en la medida adecuada á su capacidad, muy escasa entonces.

De enterramientos de los vascones no sabemos cosa segura. Hasta ahora habían venido considerándose como túmulos de la primera edad de hierro en la región del Pirineo francés, ciertos montículos artificiales en cuyo interior han encontrado los exploradores, bajo una espesa capa de tierra y maderaje despedazado, vestigios de habitación humana. Juzgábase que estos montículos, semejantes á los túmulos escandinavos y célticos, hubiesen podido ser las cámaras sepulcrales ó hipogeos de los ibero-aquitanos, y los que contemplan en los vascones los continuadores de los iberos, creían por lo mismo que, dada la identidad de raza y de costumbres entre los vascones franceses y los españoles, era lógico deducir que nuestros navarros del Pirineo tendrían naturalmente los mismos ó parecidos sepulcros. En lo interior de los referidos habitáculos, que se creían túmulos, se hallaron camas, poyos, vasos, restos de piés derechos y de techumbres de ramaje. Las camas son de guijo amasado con arcilla, con cavidad acomodada á la forma del cuerpo, y aun con cabezal de la misma materia, que se supone se cubría de pieles de animales, ó de césped, ó de hojas secas; los poyos ó asientos son de análoga construcción; los vasos tienen forma de urnas (porque las urnas funerarias tenían á su vez forma de ánforas). Más de quince ó veinte de estos montículos fueron reconocidos en los contornos de Agès (concejo de Monségur, en las Landas) en el pasado año 1884 por los arqueólogos Dufourcet y Testut, acompañados de los entendidos investigadores Léonce de Bahr y Taillebois, correspondiente de nuestra Real Acade-

mia de la Historia (1); y ya entonces M. Dufourcet consignó su sospecha de que los llamados túmulos de las Landas no eran otra cosa que antiguas *bordas* hundidas, que no fueron construídas nunca para sepulcros. Hoy esta sospecha ha adquirido carácter de certidumbre con las nuevas exploraciones hechas en Estibeaux, Mimbaste, Clermont y Pomarez, y principalmente en la misma comarca de Agès; las cuales han dado por resultado, en la generalidad de los casos, la ausencia absoluta de huesos, cenizas y despojos humanos: ausencia que excluye toda idea de enterramiento, y corrobora por el contrario la deducción de que tales cabañas ó bordas fueron abandonadas por sus dueños y se derrumbaron después por la acción natural del tiempo. — El encontrarse en algunos túmulos de Tarbes, Ossun, Bartrès y otros puntos, restos de incineraciones, y aun de inhumaciones evidentes, no destruye la conclusión aceptada ya hoy, porque los mismos arqueólogos que la consignan como tesis de todo punto nueva, admiten que en no pocos casos fueron las bordas abandonadas convertidas en sepulcros. — Confirma la conjetura de M. Dufourcet el hecho curioso de haberse descubierto constantemente en las inmediaciones de los montículos, que se creían monumentos funerarios, multitud de braseros excavados en el suelo, que los naturales del país designan con el nombre de *mardelles* ó *margelles*, y en las cuales se encuentran siempre carbones y cenizas, pero no huesos, ni fragmentos de vasos sepulcrales, ni indicio alguno de enterramiento humano. Estos braseros, de la misma antigüedad por sus caracteres externos que las rudimentarias construcciones que han dado origen á aquellos montículos, fueron sin duda los hogares ó cocinas de que se servían los habitantes de las bordas inmediatas, en las cua-

(1) Á su galantería debemos el ejemplar del curioso opúsculo de donde sacamos esta noticia, el cual lleva por título *Les tumulus des premiers ages du fer dans la region sous-pyrénéenne: nouvelles fouilles dans les Landes d'Agès*; par MM. LÉO. TESTUT et ÉMILE TAILLEBOIS. Dax, 1885.

les no hay vestigio alguno de cosa tan indispensable como el hogar ó fogón donde cocer los alimentos.

Hasta aquí ha llegado la moderna ciencia arqueológica en la materia que nos ocupa, destruyendo por un lado la teoría de los túmulos de los antiguos pobladores de la Novempopulania, y erigiendo por otro la tesis de sus rústicas viviendas con lechos de piedra y arcilla, cubiertas de ramaje y sostenidas por un pie derecho central á modo de tienda de campaña. Estamos, pues, otra vez á oscuras respecto de las necrópolis ibero-aquitanas, y lo están también los vascófilos iberistas respecto de los enterramientos de los antiguos vascones; pero en cambio adquieren estos últimos cierta noción de lo que pudieron ser las bordas en la región pirenaica en aquellos remotos tiempos.

A falta de datos sobre estos y otros puntos referentes á la antigua religión de los éuskaros, los tenemos abundantes respecto de una materia que tiene íntima conexión con las creencias religiosas de este pueblo, cual es la de sus supersticiones.—La práctica reprobada de los auspicios y agüeros se conservaba en Logroño á principios del siglo XVII, no ya entre gentes de costumbres paganas, sino entre aquellos mismos devotos que emprendían la penosa peregrinación á Santiago de Compostela; y esto en el recinto de un templo cristiano. Cuenta, en efecto, el viajero polaco Jacobo Sobieski que emprendió esa peregrinación en 1611, que había en aquella ciudad una iglesia en cuyo atrio criaban pollos, ó hablando con más exactitud, capones blancos, á los cuales servía en un rincón de ponedero una jaula de latón. Los romeros supersticiosos, principalmente los franceses y polacos, tenían sitiadas á aquellas aves, porque decían que poniendo migajas de pan en la extremidad de los bordones y metiendo estos en la jaula, si los capones recogían las migajas y las comían, el peregrino hacía su viaje sin tropiezo; pero si las despreciaban, el romero moriría sin acabar su peregrinación (1).

(1) *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII*. Colección de JAVIER LISKE. Madrid, 1878, p. 242.

Otro viajero y anticuario de grande autoridad (1) parece confirmar esta singular especie al referir que en el claustro de la catedral de Barcelona hay ocas que allí crían con esmero, destinando á su sostenimiento los productos de una antigua fundación.

No hay superstición que haya echado más raíces en el país vasco que la de la creencia en las brujas y hechiceras. Observa con fundamento el escritor inglés citado poco há, que cabalmente por hallarse tan difundida entre los habitantes de la montaña esta superstición, es por lo que no ha pasado todavía á la categoría de las leyendas.—Las leyendas, en efecto, se repiten de memoria y pasan de boca en boca sin que el que las cuenta dé crédito á su narración: á veces el montañés que las refiere ni se da por enterado de su sentido: á tal punto las comunica á sus oyentes de un modo mecánico. La narración supersticiosa, por el contrario, sale del labio del narrador con toda la intención y el color, y con todas las vibraciones psicológicas propias de una historia personal. Los casos de brujería se comunican con cierta reserva, con la persuasión y el convencimiento íntimo de haberle sucedido ya al que los refiere, ya á sus convecinos. Una buena mujer me refirió una vez, dice el Reverendo Wentworth Webster (2), como caso que le había sucedido á una hija suya, un cuento publicado por M. Cerquand y por Fr. Michel en su libro *Le pays basque*. Solo á fuerza de preguntas logré descubrir que no era precisamente á su hija á quien le había pasado lo que me refería, sino que ella había visto por sus propios ojos la casería y la capilla que constituyen la escena del suceso (3).—«Sé por persona de toda autoridad

(1) CONDE ALEJ. DE LABORDE, *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, 3.^a edic., t. II, p. 45, nota.

(2) *Basque legends*, p. 64.

(3) No dice el autor qué caso fué el que le refirió la mujer, pero citando el cuento publicado por M. Francisque-Michel en la página 152 de su libro, debemos suponer que se alude al del fanfarrón que habiéndose comprometido por 50 céntimos á ir de noche á un campo á recobrar un azadón que una labradora se había

que á un cura de aldea, hace cosa de un año ó dos, uno de sus feligreses, lleno de dolor y contrición y bañado en lágrimas, le confesaba que tenía la costumbre de concurrir los sábados al aquelarre». Evidentemente los que de buena fe hacen esta clase de revelaciones son infelices alucinados, y no hay entre ellos y los perversos embaucadores nada de común. Y sin embargo, en la historia de la hechicería y brujería han sido frecuentes los terribles castigos impuestos á unos y á otros indistintamente.

Es un hecho digno de observación, que á pesar de hallarse tan arraigada la creencia en la brujería entre los vascos, sean tan escasas las voces éuskaras que á ella se refieren. La hechicería fué importación de tierra extranjera, probablemente del Béarn (1), donde desde fines del siglo xv era muy perseguida por las leyes del país. Su tecnicismo, digámoslo así, está tomado de las lenguas románicas: suerte, es en vascuence *sortea*; brujo (*sorcier*) ha venido á convertirse en *sorghina*, y brujería (*sorcellerie*) en *sorghinkeria*; maleficio (*charme*) en *charma*; sábado (*sabbat*) en *sabato*; si bien es más frecuente usar la palabra *akhelarre*, única éuskara original referente á la brujería, compuesta de los vocablos *akher*, cabrón, y *larrea*, terreno de pasto, como si dijéramos *pasto del cabrón*, por el importante papel que juega este animal en los conventículos de las brujas de la región pirenaica (2). El aislamiento en que por largo tiem-

dejado allí olvidado, al ejecutar su obra, se vió arrebatado por los aires y llevado por encima de la capilla de San Antonio, donde tuvo la feliz idea de invocar la ayuda del Santo, con lo cual se sustrajo á las garras del espíritu raptor.

(1) GERQUAND, *Légendes et récits populaires du pays basque*: «Bulletin de la Société des sciences, lettres et arts de Pau».

(2) El mismo vocablo castellano *brujas* viene de la palabra bearnesa *brouxes*. También en este dialecto se las llama *pousoères*, y M. Hilarión Barthety, en su entretenido y erudito opúsculo *La Sorcellerie en Béarn et dans le pays basque* (Pau, 1879), explicando la etimología de estas dos voces, *brouxes* y *pousoères*, dice, después de recordar el pintoresco cuadro que traza M. Michelet en su libro *La Sorcière*, del triste destino de las desgraciadas y criminales mujeres á quienes denominamos *brujas*: Dans les femmes qui étudient et administrent ainsi les plantes, les poisons, les remèdes, ne reconnaissez-vous pas les *pousoères* de Béarn? Et dans celles qui s'en vont aux plus sinistres lieux, isolés, mal famés, aux masures,

po han vivido aquellos habitantes, ha favorecido el desarrollo de tan perniciosa superstición una vez acreditada en el país; pero las brujas y brujos van perdiendo su prestigio á pasos agigantados, y ya sólo inspiran temor entre los crédulos pobladores de la montaña. Aún duran en algunas comarcas de la tierra baja los *saludadores*, verdaderos embaucadores que se dedican á curar ó precaver la rabia y otros males con el aliento, la saliva y ciertas deprecaciones y fórmulas de mentida eficacia.— Las brujas ó hechiceras son de remota antigüedad en la historia (1): Roma tenía sus nefandos conventículos en el monte Esquilino, como los tiene Navarra en el monte Aquelarre y en Peña-Plata. El Esquilino ó collado de las Esquilias era en lo antiguo un inmundo muladar, célebre por su misma asquerosidad é infección. Mecenas hizo en él unos jardines magníficos, convirtiéndolo en deliciosa quinta de recreo, y Horacio, que para burlarse de la hechicera Canidia y sus alumnas escribió la famosa sátira del dios Prápo (2), compara con lo que era en sus días, lo que había sido antes aquel sitio, cementerio del populacho á donde llevaban los esclavos á enterrar en cajas prestadas á sus camaradas difuntos, y donde por todas partes blanqueaban huesos humanos entre carroña de animales putrefactos; y supone que el grotesco numen de los huertos, plantado en medio de aquellos verjeles con su brazo levantado y su ramaje erguido en la cabeza, cansado de las viejas hechiceras que iban á aquel paraje de noche á la claridad de la luna á recoger huesos y plantas venenosas para hacer las infernales drogas con que trastornaban el seso á las incautas gentes, las

aux décombres et dans les *broussailles*, ne reconnaissez-vous pas les *brouxes* de Béarn? El nombre latino de la hechicera, *venefica*, venía de *venenum*.

(1) Las hechiceras fueron conocidas de los griegos y de los romanos: estas viejas embaucadoras que por medio de los dioses y con sacrificios misteriosos y terribles pretendían poseer el arte de producir fenómenos extraordinarios y sobrenaturales, solían en Grecia proceder de la Tesalia; en Roma, las más famosas eran las pelignas y las de las montañas de los marsos en el Samnium.

(2) VIII del Lib. I, *Olim truncus eram ficulnús, inutile lignum*, etc.